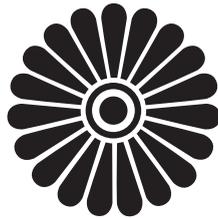


UNA MISMA FE

CENTRO MUNDIAL BAHÁ'Í



EDITORIAL BAHÁ'Í

Una Misma Fe

Primera edición en España: abril 2005

© Centro Mundial Bahá'í, 2005

Traducción aprobada por el Panel Internacional
para la Traducción de Textos Bahá'ís al Español

© De la presente edición: ARCA EDITORIAL, S.L., 2005
Marconi, 250
08224 Terrassa (Barcelona)

ISBN: 84-95652-17-X
Depósito Legal: D.L.B. 23842 - 2005

Impresión: Gràfiques Olsa

Impreso en España – *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente por medio alguno, sin la previa
autorización del editor.

P R E F A C I O

EN RIDVAN de 2002 dirigimos una carta abierta a los líderes religiosos del mundo. Nuestra acción partía de la convicción de que la enfermedad de los odios sectarios, si no se corta tajantemente, amenaza con tener consecuencias desgarradoras que dejarán pocas zonas del mundo sin afectar. La carta reconocía con aprecio los logros del movimiento interconfesional, al que los bahá'ís han procurado contribuir desde muy temprano a partir de la puesta en marcha de dicho movimiento. No obstante, pensábamos que debíamos constatar de manera diáfana que si se pretende afrontar la crisis religiosa de forma igual de seria como ha ocurrido con los demás prejuicios que afligen a la humanidad, la religión organizada ha de encontrar dentro de sí el coraje comparable para elevarse por encima de los rígidos preconceptos heredados del pasado distante.

Por encima de todo, expresamos nuestra convicción de que ha llegado la hora en que el liderazgo religioso debe afrontar

con honestidad y sin más evasivas las implicaciones de la verdad de que Dios es uno solo y que, más allá de toda diversidad de expresión cultural e interpretación humana, la religión también es una sola. Fueron presentimientos de esta verdad los que originalmente inspiraron el movimiento interconfesional y los que lo han apoyado a través de las vicisitudes de los últimos cien años. Lejos de cuestionar la validez de ninguna de las grandes confesiones reveladas, este principio tiene la capacidad de asegurar su pertinencia continua. Sin embargo, con objeto de ejercer su influencia, el reconocimiento de esta realidad ha de operar en el fondo del discurso religioso, y fue con esta intención que pensamos que nuestra carta debía ser explícita en articularla.

La respuesta ha sido alentadora. Las instituciones bahá'ís de todo el mundo se aseguraron de que se entregaran millares de copias del documento a las personalidades influyentes de las comunidades de las principales confesiones. Si bien no es de sorprender que el mensaje que contenía fue pasado por alto en algunos círculos, los bahá'ís informan de que, por lo general, fueron recibidos calurosamente. Particularmente notoria ha sido la sinceridad obvia de la aflicción con que muchos de los receptores ven que las instituciones religiosas no han ayudado a la humanidad a responder a desafíos cuya naturaleza esencial es espiritual y moral. Las discusiones se han tornado rápidamente hacia la necesidad de un cambio fundamental en la forma en que las masas de creyentes de la humanidad se relacionan entre sí, y en un número significativo de casos los receptores de la carta se han sentido inclinados a reproducirla y distribuirla a otros clérigos de sus respectivas tradiciones. Estamos deseosos de

que nuestra iniciativa sirva de catalizador que abra el camino hacia una nueva comprensión del propósito religioso.

Por mucho o poco tiempo que dure este cambio, la preocupación de los bahá'ís debe ser por su propia responsabilidad en la materia. Asegurar que Su mensaje sea captado por todos es una tarea que Bahá'u'lláh ha puesto principalmente en los hombros de aquellos que Le han reconocido. Por supuesto que ésta ha sido la labor que ha estado procurando la comunidad bahá'í a lo largo de la historia de la Fe, pero la aceleración de la descomposición del orden social exige desesperadamente que el espíritu religioso se libere de los grilletes que hasta ahora le han impedido proporcionar la influencia curativa de la que es capaz.

Si pretenden responder a aquella necesidad, los bahá'ís han de recurrir a una profunda comprensión del proceso mediante el cual evoluciona la vida espiritual de la humanidad. Los escritos de Bahá'u'lláh ofrecen explicaciones que pueden ayudar a elevar la discusión sobre los temas religiosos por encima de las consideraciones sectarias y transitorias. La responsabilidad de dotarse de este recurso espiritual es inseparable del don de la fe misma. «El fanatismo y odio religiosos», advierte Bahá'u'lláh, «son un fuego que devora al mundo, cuya violencia nadie puede extinguir. Sólo la Mano del Poder Divino puede librar a la humanidad de esta aflicción desoladora...». Lejos de no sentirse apoyados en sus esfuerzos por responder, los bahá'ís llegarán a comprender cada vez más que la Causa a la que sirven representa la punta de lanza de un despertar que está teniendo lugar entre la gente de todas partes, cualquiera que sea la procedencia religiosa, y de hecho entre muchos que no tienen inclinación religiosa alguna.

La reflexión sobre el desafío nos ha animado a encargar la redacción del comentario que sigue. *Una Misma Fe*, preparado bajo nuestra supervisión, revisa pasajes pertinentes tanto de las escrituras de Bahá'u'lláh como de las de otras confesiones a la luz de la crisis contemporánea. Lo encomendamos al estudio detenido de los amigos.

LA CASA UNIVERSAL DE JUSTICIA

Naw-Rúz 2005

U N A M I S M A F E

UNA MISMA FE

HAY RAZONES DE SOBRA PARA confiar en que el período de la historia que ahora se abre será mucho más receptivo a los esfuerzos por difundir el mensaje de Bahá'u'lláh que lo fue el siglo que acaba de terminar. Todas las señales indican que está en marcha una completa transformación de la consciencia humana.

A principios del siglo xx se había consolidado una interpretación materialista de la realidad en forma tan completa hasta convertirse en la religión mundial predominante por lo que se refería al rumbo de la sociedad. Junto con ello, la educación de la naturaleza humana había sido violentamente sacada del curso que había seguido durante milenios. En Occidente, a muchos les parecía que simplemente se había disuelto y desvanecido la Autoridad divina que había hecho de centro focal de la guía —por muy diversas que fuesen las interpretaciones de su

naturaleza—. En gran parte, las personas quedaban en libertad de mantener cualquier interpretación sobre la relación entre su vida y una existencia más allá de lo material, mas la sociedad en su conjunto se dispuso con creciente confianza a cortar la dependencia respecto de un concepto del universo que era considerado, en el mejor de los casos, una invención y, en el peor, un narcótico, algo que en ambos casos impedía el progreso. La humanidad había tomado el destino por su propia mano. Había resuelto a través de la experimentación racional y el discurso —así se le hacía creer a la gente— todas las cuestiones fundamentales que tenían que ver con el ejercicio del gobierno y el desarrollo humanos.

Esta actitud fue reforzada por la suposición de que los valores, ideales y disciplinas cultivadas a lo largo de los siglos eran ya rasgos de la naturaleza humana fidedignamente estables y permanentes. Era menester solamente que fuesen refinados por la educación y reforzados por la acción legislativa. El legado moral del pasado era precisamente eso: la herencia irrevocable de la humanidad, que no requería de más intervención religiosa. Es verdad que individuos, grupos y aun naciones indisciplinadas seguirían amenazando la estabilidad del orden social y requerirían correctivo. Sin embargo, inspirada en nociones seculares de la realidad, surgía irresistiblemente la civilización universal hacia cuya realización habían conducido a la raza humana todas las fuerzas de la historia. La felicidad de la gente sería el resultado natural de una mejor salud, mejor alimentación, mejor educación, mejores condiciones de vida: metas indiscutiblemente deseables que ya parecían estar al alcance de una sociedad entregada al único objetivo de lograrlas.

En toda aquella parte del mundo en que vive la gran mayoría de la población mundial, pocos prestaban atención a declaraciones ligeras en el sentido de que “Dios ha muerto”. La experiencia hacía tiempo les había confirmado a los pueblos de África, Asia, Latinoamérica y del Pacífico la opinión de que no solamente la naturaleza humana es profundamente influida por las fuerzas espirituales, sino que su propia identidad es espiritual. En consecuencia, como había ocurrido siempre, la religión continuó ejerciendo autoridad final en la vida. Aunque no se vieron directamente confrontadas con la revolución ideológica que tenía lugar en Occidente, tales convicciones fueron eficazmente marginadas por ésta, por lo que a la interacción entre pueblos y naciones se refiere. Habiendo penetrado y capturado todos los centros importantes de poder e información de ámbito mundial, el materialismo dogmático se aseguró de que ninguna idea opuesta conservara la capacidad de desafiar los proyectos de explotación económica a escala planetaria. Al daño cultural ya causado por dos siglos de dominio colonial se añadió una angustiada separación entre la experiencia interior y exterior de las masas afectadas, condición que invade de hecho todos los aspectos de la vida. Impotentes para ejercer influencia alguna en la configuración de su futuro, o siquiera preservar el bienestar moral de sus hijos, estas poblaciones fueron sumidas en una crisis distinta de la que adquiriría impulso en Europa y Norteamérica, pero en muchos sentidos más devastadora. Aunque mantenía su papel central en la conciencia, la fe parecía incapaz de influir en el desarrollo de los acontecimientos.

Por lo tanto, a medida que el siglo xx se acercaba a su fin, nada parecía menos probable que un resurgimiento de la religión en cuanto tema de importancia para el consumo mundial.

Sin embargo, ello es precisamente lo que ha ocurrido ahora en forma de una profunda corriente de ansiedad y descontento, en gran parte sólo vagamente consciente del sentido de vacío espiritual que la produce. Con una virulencia mayor de lo conocido hasta ahora, han reaparecido antiguos conflictos sectarios, que por lo visto no reaccionan fácilmente a las pacientes artes de la diplomacia. En medios de comunicación influyentes se examinan solemnemente, si bien en forma indiscriminada, temas de las Sagradas Escrituras, fenómenos milagrosos y dogmas teológicos que, hasta hace poco, habían sido desechados como restos de una época de ignorancia. Las referencias religiosas adquieren en muchos países un nuevo y potente significado en la candidatura de aspirantes a cargos políticos. El mundo, que suponía que con la caída del Muro de Berlín había comenzado una nueva época de paz internacional, ha caído en la cuenta de que es presa de una guerra de civilizaciones cuya característica distintiva son las antipatías religiosas irreconciliables. Las librerías, quioscos de revistas, páginas *web* y bibliotecas luchan por satisfacer el apetito aparentemente inagotable del público, que busca información sobre temas religiosos y espirituales. Tal vez el factor más insistente en el cambio lo constituya el reconocimiento a desgana de que no tiene un verdadero sustituto la creencia religiosa en cuanto fuerza capaz de generar autodisciplina y restaurar el compromiso de un comportamiento moral.

Detrás de la atención que ha comenzado a atraer sobre sí la religión, en cuanto a su concepción formal, se encuentra un resurgimiento general de la búsqueda espiritual. Expresado más comúnmente como un afán de descubrir una identidad personal que trascienda lo meramente físico, este acontecimiento alienta un sinnúmero de búsquedas, de carácter tanto positivo como negativo.

Por una parte, la búsqueda de la justicia y la promoción de la causa de la paz internacional tienden a producir también el efecto de estimular nuevas concepciones sobre el papel del individuo en la sociedad. De modo semejante, aunque se concentran en la movilización de apoyo a los cambios en la toma de decisiones sociales, movimientos como el ecologismo y el feminismo inducen a la gente a reexaminar su imagen de sí mismos y de su objetivo en la vida. Una reorientación que se da en todas las comunidades religiosas más importantes es la migración acelerada de creyentes de ramas tradicionales de las religiones matrices hacia sectas que dan importancia primordial a la búsqueda espiritual y las experiencias personales de sus miembros. En el polo opuesto, las observaciones de extraterrestres, los regimientos del “autodescubrimiento”, los retiros en el desierto, la exaltación carismática, diversos entusiasmos por la Nueva Era y la eficacia atribuida a los narcóticos y alucinógenos en elevar el nivel de consciencia atraen seguidores en mucho mayor número y diversidad que todos los que tuvieron el espiritismo o la teosofía en un momento histórico decisivo similar de hace un siglo. Para un bahá’í, la proliferación incluso de cultos y prácticas que pueden despertar aversión en la mente de muchos sirve básicamente como recordatorio de la sutileza contenida en la antigua narración de Majnún, quien tamizaba la arena en busca de la amada Leylí, aunque sabía que ella era puro espíritu: “La busco por doquier; quizá en alguna parte la halle”.¹

*

El renaciente interés por la religión está claramente lejos de haber alcanzado su apogeo, ya sea en sus manifestaciones explícitamente religiosas o en las menos definidas de carácter espiri-

tual. Al contrario: el fenómeno es producto de fuerzas históricas que continuamente cobran impulso cuyo efecto común es socavar la certeza, legada al mundo por el siglo xx, de que la existencia material constituye la realidad última.

La causa más evidente de estas reevaluaciones ha sido la quiebra de la empresa materialista misma. Durante más de cien años la idea del progreso se identificó con el desarrollo económico y con su capacidad de motivar y modelar el mejoramiento social. Las diferencias de opinión que existían no cuestionaban esta visión del mundo, sino solamente las concepciones de cómo lograr mejor esas metas. Su forma extrema, constituida por el dogma de hierro del “materialismo científico”, trataba de reinterpretar todos los aspectos de la historia y el comportamiento humano en sus propios estrechos términos. Cualesquiera fuesen los ideales humanitarios que hubieran inspirado a algunos de sus primeros proponentes, la consecuencia universal fue producir regímenes de control totalitario dispuestos a usar todos los medios coercitivos en el control de las desventuradas poblaciones sometidas a ellos. La meta alegada para justificar tales abusos era la creación de un nuevo tipo de sociedad que garantizaría no sólo la erradicación de la indigencia sino también la satisfacción del espíritu humano. Finalmente, tras ocho décadas de locura y brutalidad progresivas, el modelo fracasó como guía creíble para el futuro del mundo.

Otros sistemas de experimentación social, si bien rechazaban el recurso a métodos inhumanos, obtenían su empuje moral e intelectual de la misma concepción limitada de la realidad. Se afianzó el criterio de que, actuando la gente esencialmente en interés propio en lo que atañe a su bienestar económico, se podía asegurar el establecimiento de sociedades justas y

prósperas por uno u otro plan de lo que se describía como modernización. Sin embargo, las décadas finales del siglo xx cedieron ante una carga creciente de pruebas en contra: la desintegración de la vida familiar, el aumento de la criminalidad, sistemas educativos disfuncionales y una serie de patologías sociales que traen a la memoria las sombrías palabras de Bahá'u'lláh que advertían sobre la inminente condición de la sociedad humana: “Tal será su condición, que exponerla ahora no sería apropiado ni correcto”.²

La suerte corrida por lo que el mundo ha dado en llamar desarrollo económico y social no ha dejado lugar a dudas de que ni los motivos más idealistas pueden corregir los defectos fundamentales del materialismo. Nacido de resultados del caos de la Segunda Guerra Mundial, el “desarrollo” llegó a ser, con mucho, la empresa colectiva de mayor alcance y más aspiraciones a que se haya lanzado la raza humana. Su motivación humanitaria igualaba su enorme inversión material y tecnológica. Cincuenta años después, si bien hay que reconocer los impresionantes beneficios que ha traído el desarrollo, esa iniciativa debe ser juzgada, con sus propios criterios, como un desalentador fracaso. Lejos de estrechar la distancia que separa el bienestar del pequeño sector de la familia humana que disfruta de las ventajas de la modernidad y la condición de las amplias poblaciones empantanadas sin esperanza en la indigencia, el esfuerzo colectivo que comenzó con tan caras esperanzas ha visto ensancharse esa distancia hasta formar un abismo.

La cultura del consumismo, a falta de otra, heredera actual del evangelio materialista del mejoramiento humano, no se muestra perturbada por la naturaleza efímera de los objetivos que la inspiran. Para la pequeña minoría de personas que

puede permitírseles, los beneficios que ofrece son inmediatos, y no sienten vergüenza por su razón fundamental. Alentado por el desmoronamiento de la moralidad tradicional, el avance del nuevo credo no es en esencia más que el triunfo del impulso animal, instintivo y ciego como todo apetito, librado al fin de las restricciones de las sanciones sobrenaturales. Su víctima más evidente ha sido el lenguaje. Las tendencias que antaño habían sido censuradas universalmente como faltas morales se transforman en necesidades para el progreso social. El egoísmo pasa a ser un valioso recurso comercial; la falsedad se reinventa como información pública; diversos tipos de perversión reclaman la condición de derechos civiles. Bajo eufemismos convenientes, la avaricia, la lujuria, la indolencia, la soberbia –incluso la violencia– adquieren no solamente amplia aceptación sino valor social y económico. Se da la ironía de que, a medida que las palabras han sido vaciadas de significado, también lo han sido las mismísimas comodidades y adquisiciones materiales por las cuales la verdad ha sido gratuitamente sacrificada.

Está claro que el error del materialismo no radica en el loable esfuerzo por mejorar las condiciones de vida, sino en la estrechez de miras e injustificada autoconfianza que han determinado su misión. La importancia tanto de la prosperidad material como de los avances tecnológicos necesarios para su logro es un tema que aparece en todos los escritos de la Fe bahá'í. Sin embargo, como era inevitable desde la partida, los esfuerzos arbitrarios por separar semejante bienestar físico y material del desarrollo espiritual y moral de la humanidad han terminado por perder la lealtad de precisamente aquellas poblaciones a cuyos intereses pretende servir esa cultura materialista. “El mundo padece y su agitación aumenta día a día”, ad-

vierte Bahá'u'lláh. “Su dolencia se aproxima a la etapa de total desesperanza, por cuanto se impide al verdadero Médico administrar el remedio, mientras se mira con aprobación a practicantes incompetentes y se les otorga completa libertad para actuar...”³

*

A la desilusión con las promesas del materialismo se suma una fuerza de cambio que socava los equívocos acerca de la realidad y que la humanidad introdujo en el siglo XXI: la integración global. A su nivel más sencillo, se manifiesta en avances en las tecnologías de las comunicaciones, que abren amplias vías de interacción entre las diversas poblaciones del planeta. Además de facilitar los intercambios entre personas y sociedades, el acceso general a la información tiene como resultado transformar el cúmulo de conocimientos de todas las épocas, que hasta hace poco era propiedad exclusiva de élites privilegiadas, en patrimonio de toda la familia humana, sin distinción de nación, raza o cultura. Con todas las flagrantes desigualdades que perpetúa –y de hecho intensifica– la integración global, ningún observador informado puede dejar de reconocer el estímulo a la reflexión sobre la realidad que han producido tales cambios. Con la reflexión ha ocurrido un cuestionamiento de toda autoridad establecida, ya no sólo de la religión y la moral, sino también del gobierno, del sistema académico, del comercio, de los medios de comunicación y, cada vez más, de la opinión científica. Aparte de los factores tecnológicos, la unificación del planeta está produciendo otros efectos aun más directos en el pensamiento. Sería imposible exagerar, por ejemplo, el efecto trans-

formador sobre la consciencia global que se ha derivado de los viajes masivos a escala internacional. Mayores aún han sido las consecuencias de las inmensas migraciones que el mundo ha presenciado durante el siglo y medio transcurrido desde que el Báb declaró Su misión. Millones de refugiados que huyen de las persecuciones se han desplazado en vaivén, cual marejadas, sobre todo a través de los continentes de Europa, África y Asia en particular. En medio del sufrimiento causado por tal agitación, se percibe la progresiva integración de las razas y culturas del mundo en cuanto ciudadanos de una única patria que es el planeta. Como consecuencia, gentes de todo origen han sido expuestas a otras culturas y normas, acerca de las cuales sus antepasados poco o nada sabían, lo que ha provocado una búsqueda de significado que no se puede eludir.

Es imposible imaginar cuán distinta habría sido la historia del pasado siglo y medio si alguno de los principales árbitros de los asuntos del mundo a quienes se dirigió Bahá'u'lláh se hubiese dado el tiempo de reflexionar sobre una concepción de la realidad avalada por los méritos morales de su Autor, méritos morales que ellos alegaban tener en la mayor estima. A los bahá'ís sí les resulta evidente que, a pesar de esa omisión, las transformaciones anunciadas en el mensaje de Bahá'u'lláh se están cumpliendo irresistiblemente. Compartiendo descubrimientos y fatigas, gentes de diversas culturas son confrontadas con la humanidad tal como es, inmediatamente debajo de la superficie de diferencias imaginarias de identidad. Ora objeto de obstinada oposición en algunas sociedades, ora bienvenido en otros lugares como una liberación de las limitaciones inútiles y asfixiantes, el sentimiento de que los habitantes de la tierra son efectivamente “las hojas de un mismo árbol”⁴ se con-

vierte lentamente en el criterio con el cual se juzgan ahora los esfuerzos colectivos de la humanidad.

La pérdida de fe en las certezas del materialismo y la progresiva mundialización de la experiencia humana se refuerzan mutuamente en el anhelo que inspiran de alcanzar un entendimiento acerca de la finalidad de la existencia. Se ponen en duda valores básicos; se abandonan lazos localistas; se aceptan exigencias otrora impensables. Bahá'u'lláh explica que es este cataclismo universal para el cual las escrituras de las religiones pasadas emplearon la simbología del “Día de la Resurrección”: “Se ha elevado el grito, y las gentes han salido de sus tumbas, y al levantarse, miran a su alrededor”.⁵ Por encima de todo el trastorno y sufrimiento, se trata de un proceso esencialmente espiritual: “Ha soplado la brisa del Todomisericordioso, y las almas han sido vivificadas en las tumbas de sus cuerpos”.⁶

*

A lo largo de toda la historia, los principales instrumentos del desarrollo espiritual han sido las grandes religiones. Para la mayoría de las gentes de la tierra, las escrituras de cada uno de estos sistemas de credo han servido, en palabras de Bahá'u'lláh, como “la Ciudad de Dios”,⁷ fuente de un conocimiento que abarca por completo la consciencia y es tan persuasivo que dota a los sinceros con “vista nueva, oído nuevo, corazón nuevo y mente nueva”.⁸ Una amplia literatura, a la cual han contribuido todas las culturas religiosas, consigna la experiencia de trascendencia relatada por generaciones de buscadores. A través de los milenios, las vidas de quienes han respondido a las indicaciones de lo Divino han inspirado logros impresionantes en la

música, la arquitectura y las demás artes, con un sinfín de réplicas de la experiencia del alma destinadas a millones de sus correligionarios. Ninguna otra fuerza de la existencia ha sido capaz de producir en la gente cualidades comparables de heroísmo, abnegación y autodomínio. En el ámbito social los principios morales resultantes se han traducido en códigos de leyes universales, que regulan y elevan las relaciones humanas. Miradas en perspectiva, las religiones principales aparecen como las fuerzas motrices primarias del proceso civilizador. Sostener lo contrario es ciertamente desconocer la evidencia de la historia.

¿Por qué, entonces, esta herencia inmensamente rica no sirve como escenario central del presente nuevo despertar de la búsqueda espiritual? En la periferia se hacen intentos serios por reformular las enseñanzas que dieron origen a las respectivas religiones, con la esperanza de imbuirlas de nuevo atractivo, pero la mayor parte de la búsqueda de significado es de carácter difuso, individualista e incoherente. Las escrituras no han cambiado; los principios morales que contienen no han perdido nada de su validez. Nadie que sinceramente plantee preguntas al Cielo, si persiste, dejará de advertir una voz de respuesta en los Salmos o en los Upanishads. Cualquiera que tenga un atisbo de la Realidad que trasciende a esta realidad material será conmovido en su corazón por las palabras con que Jesús o Buda hablan tan íntimamente de ella. Las visiones apocalípticas del Corán continúan proporcionando a sus lectores seguridad convincente de que la realización de la justicia es consustancial al Propósito divino. Tampoco parecen las vidas de héroes y santos menos significativas, en sus rasgos esenciales, de lo que eran cuando fueron vividas hace siglos. Por consiguiente, para muchas personas religiosas el aspecto más pe-

noso de la actual crisis de la civilización es que la búsqueda de la verdad no se ha dirigido confiadamente por las vías familiares de la religión.

Por supuesto, el problema es doble. El alma racional no sólo ocupa una esfera privada, sino que participa activamente en un orden social. Aunque las verdades recibidas de las grandes religiones siguen siendo válidas, la diaria experiencia de una persona del siglo XXI está inimaginablemente alejada de aquella que hubiera conocido en cualquiera de las épocas en que se reveló esa guía. La toma de decisiones democrática ha alterado fundamentalmente la relación de la persona con la autoridad. Con creciente confianza y creciente éxito las mujeres insisten justamente en su derecho a la plena igualdad con los hombres. Las revoluciones en la ciencia y la tecnología cambian no sólo el funcionamiento sino la concepción de la sociedad e incluso de la existencia misma. La educación universal y una explosión de nuevos campos de la creatividad abren camino a nuevas percepciones que estimulan la movilidad e integración social, y generan oportunidades que el Estado de derecho alienta al ciudadano a aprovechar plenamente. La investigación de células madre, la energía nuclear, la identidad sexual, el estrés ecológico y el uso de la riqueza plantean, como mínimo, cuestiones sociales que no tienen precedente. Éstos, y los demás innumerables cambios que afectan a todos los aspectos de la vida humana, han creado un nuevo mundo de opciones diarias tanto para la sociedad como para sus miembros. Lo que no ha cambiado es la exigencia ineludible de elegir, para bien o para mal. Es aquí donde la naturaleza espiritual de la crisis contemporánea se ve con máxima nitidez, pues la mayoría de las decisiones que deben tomarse no son meramente prácticas sino

morales. Es por esto que, en gran parte, la pérdida de fe en la religión tradicional ha sido consecuencia inevitable de la imposibilidad de descubrir en ella la orientación necesaria para vivir en modernidad, con éxito y con confianza.

Un segundo obstáculo para la reaparición de sistemas de creencia heredados como respuesta a los anhelos espirituales de la humanidad lo constituyen los efectos ya mencionados de la integración global. En todo el planeta, personas que han sido criadas en determinado marco referencial religioso se hallan repentinamente puestas en asociación estrecha con otras cuyas creencias y prácticas parecen a primera vista irreconciliablemente diferentes de las suyas. Las diferencias pueden dar pie —y a menudo lo dan— a actitudes defensivas, resentimientos contenidos y conflicto manifiesto. Sin embargo, en muchos casos el resultado es, más bien, el de reconsiderar la doctrina heredada y alentar esfuerzos por descubrir valores compartidos. El apoyo que reciben diversas actividades interreligiosas sin duda debe mucho a respuestas de este tipo entre el público en general. Inevitablemente, tales enfoques son acompañados por un cuestionamiento de aquellas doctrinas religiosas que frenan la asociación y el entendimiento. Si personas cuyas creencias parecen ser fundamentalmente diferentes viven, con todo, vidas morales que merecen admiración, ¿qué hace a la fe de uno superior a las de ellas? Recíprocamente, si todas las grandes religiones tienen en común ciertos valores básicos, ¿no corren los apegos sectarios el riesgo de meramente reforzar barreras no deseadas entre una persona y sus semejantes?

Hoy día, por tanto, probablemente pocos de entre los que tienen algún grado de conocimiento objetivo del tema abrigan

la ilusión de que alguno de los sistemas religiosos establecidos del pasado pueda asumir el papel de última guía para la humanidad en los asuntos de la vida contemporánea, aun en el caso improbable de que sus sectas disímiles se juntaran para ese fin. Cada una de las que el mundo considera religiones independientes está ajustada al patrón creado por su escritura autorizada y su historia. Puesto que no puede rehacer su sistema de fe para obtener legitimación de las palabras autorizadas de su Fundador, asimismo tampoco puede dar respuestas adecuadas a la multitud de preguntas planteadas por la evolución social e intelectual. Aunque a muchos esto les parezca inquietante, no es más que un rasgo intrínseco del proceso evolutivo. Los intentos de forzar algún tipo de cambio radical sólo pueden conducir a un desencanto aún mayor con la religión misma y a exacerbar el conflicto sectario.

*

El dilema es tanto artificial como autoinfligido. El orden mundial –si puede ser descrito así– dentro del cual los bahá'ís ejercen hoy la labor de compartir el mensaje de Bahá'u'lláh es uno cuyos conceptos erróneos acerca de la naturaleza humana, así como de la evolución social, son tan fundamentales que inhiben los más inteligentes y bienintencionados esfuerzos por el mejoramiento humano. Esto es especialmente cierto respecto de la confusión que rodea prácticamente todos los aspectos del tema de la religión. A fin de responder apropiadamente a las necesidades espirituales de su prójimo, el bahá'í ha de obtener una comprensión a fondo de las materias en cuestión. El esfuerzo de imaginación que exige este desafío puede comprenderse a

partir del consejo que es quizás la recomendación reiterada con más urgencia y frecuencia en las escrituras de su Fe: “meditar”, “sopesar”, “reflexionar”.

Un lugar común del discurso popular es que por “religión” se entiende la multitud de sectas que actualmente existen. No es de sorprender que semejante insinuación inmediatamente suscite en otros círculos la protesta de que por religión se entiende más bien uno u otro de los grandes e independientes sistemas de fe históricos que han dado forma e inspirado a civilizaciones enteras. A su vez, este punto de vista se enfrenta a la inevitable interrogante de dónde se han de encontrar esas religiones históricas en el mundo contemporáneo. ¿Dónde se hallan, precisamente, el “judaísmo”, el “budismo”, el “islam” y demás religiones, puesto que evidentemente no pueden identificarse con las organizaciones irreconciliablemente opuestas que pretenden hablar con autoridad en nombre de ellas? Y el problema no termina aquí. Otra respuesta más a la interrogante, sin duda, es que por religión se entiende simplemente una actitud frente a la vida, un sentido de relación con una Realidad que trasciende la existencia material. Así concebida, la religión es un atributo de la persona en particular, un impulso que no se presta a la organización, una experiencia universalmente disponible. Sin embargo, también semejante orientación es vista por una mayoría de personas de inclinación religiosa como carente de la mismísima autoridad del autodomínio y el efecto unificador que dan sentido a la religión. Algunos opositores sostendrán que, por el contrario, religión significa el estilo de vida de personas que, como ellos, han adoptado severos regímenes diarios de ritos y renunciamiento que los aíslan totalmente del resto de la sociedad. Lo que tienen en común tales

concepciones diferentes es la medida en que un fenómeno que reconocidamente trasciende completamente el alcance humano ha sido, con todo, gradualmente aprisionado dentro de límites conceptuales –bien organizacionales, teológicos o rituales– inventados por el hombre.

Las enseñanzas de Bahá'u'lláh atraviesan esta maraña de visiones incongruentes y, al hacerlo, reformulan muchas verdades que, explícita o implícitamente, han constituido el meollo de toda Revelación divina. Si bien esto en modo alguno es una lectura exhaustiva de Su propósito, Bahá'u'lláh deja en claro que los intentos de captar la Realidad de Dios o sugerirla en catecismos y credos constituyen ejercicios de engaño de sí mismo: “Es evidente para todo corazón perspicaz e iluminado que Dios, la Esencia incognoscible, el Ser divino, es inmensamente excelso por encima de todo atributo humano, tal como existencia corpórea, ascenso y descenso, salida y retorno. Lejos está de Su gloria que lengua humana alguna haya de referir apropiadamente Su alabanza, o que algún corazón humano comprenda Su misterio insondable”.⁹ La mediación que el Creador de todas las cosas utiliza para interactuar con la creación en permanente evolución que Él ha traído a la existencia es la aparición de Figuras proféticas que ponen de manifiesto los atributos de esa Divinidad inaccesible: “Estando así cerrada la puerta del conocimiento del Anciano de Días ante la faz de todos los seres, la Fuente de gracia infinita ha hecho que (...) aparezcan del dominio del espíritu aquellas luminosas Joyas de Santidad, en la noble forma del templo humano, y sean reveladas a todos los hombres, a fin de que comuniquen al mundo los misterios del Ser inmutable y hablen de las sutilezas de Su Esencia impecederá». ¹⁰

Atreverse a juzgar entre los Mensajeros de Dios, ensalzando a uno por encima de otro, sería ceder a la falsa ilusión de que el Eterno y Omnímodo está sujeto a los antojos de la preferencia humana. “Te resulta claro y evidente”, son las palabras precisas de Bahá’u’lláh, “que todos los Profetas son los Templos de la Causa de Dios, Quienes han aparecido ataviados con diversas vestiduras. Si observaras con ojo perspicaz, Los verías a todos habitando en el mismo tabernáculo, remontándose hacia el mismo cielo, sentados en el mismo trono, pronunciando las mismas palabras y proclamando la misma Fe.”¹¹ Encima, imaginar que la naturaleza de estas Figuras únicas pueda ser —o deba ser— englobada en teorías sacadas de la experiencia física es igualmente atrevido. Lo que se quiere decir por “conocimiento de Dios”, explica Bahá’u’lláh, es el conocimiento de las Manifestaciones que revelan Su voluntad y atributos, y es aquí donde el alma entra en asociación íntima con el Creador, Quien de otra manera trasciende tanto el lenguaje como la comprensión: “Atestiguo”, es la afirmación de Bahá’u’lláh acerca del rango de la Manifestación de Dios, “... que mediante Tu belleza se ha descubierto la belleza del Adorado, y que mediante Tu rostro ha resplandecido el rostro del Deseado...”.¹²

La religión así concebida abre los ojos al alma sobre potencialidades que de otra manera son inimaginables. En la medida en que una persona aprende a aprovechar la influencia de la revelación de Dios para su época, su naturaleza se imbuye progresivamente de los atributos del mundo divino: “Mediante las Enseñanzas de este Sol de la Verdad”, explica Bahá’u’lláh, “todo hombre ha de avanzar y desarrollarse hasta que (...) pueda manifestar todas las fuerzas potenciales con que ha sido dotado su más íntimo ser”.¹³ Como el propósito de la humanidad

incluye el de llevar adelante “una civilización en continuo progreso”,¹⁴ uno de los nada despreciables poderes extraordinarios que posee la religión ha sido su capacidad de librar de las limitaciones del tiempo mismo a los que creen, obteniendo de ellos sacrificios en nombre de generaciones distantes siglos hacia el futuro. En efecto, como el alma es inmortal, abrir los ojos a su propia naturaleza le permite, no solamente en este mundo sino más directamente en los mundos del más allá, servir al proceso evolutivo: “La luz que irradian estas almas”, afirma Bahá’u’lláh, “es responsable del progreso del mundo y del adelanto de sus pueblos... Todas las cosas tienen necesariamente una causa, una fuerza motriz, un principio animador. Estas almas y los símbolos del desprendimiento han provisto y continuarán proveyendo al mundo del ser con el supremo impulso motor”.¹⁵

La creencia es así un vivo deseo, necesario e inextinguible, de la especie, el cual un influyente pensador moderno ha descrito como “la evolución vuelta consciente de sí misma”.¹⁶ Si, como los acontecimientos del siglo xx lo prueban triste y convincentemente, la expresión natural de la fe se obstaculiza artificialmente, inventa objetos de adoración impropios —o incluso degradados— que en alguna medida apacigüen el anhelo de certeza. Es un impulso que no se ha de negar.

Brevemente, a través del proceso continuo de revelación, Aquel que es la Fuente del sistema de conocimiento que llamamos religión demuestra la integridad de ese sistema y su no sometimiento a las contradicciones impuestas por ambiciones sectarias. La labor de cada Manifestación de Dios tiene una autonomía y autoridad que trascienden toda evaluación; es también una etapa del ilimitado desenvolvimiento de una Realidad única. Por cuanto la finalidad de las sucesivas revelaciones de

Dios es que la humanidad abra los ojos sobre sus capacidades y responsabilidades en cuanto fiduciaria de la creación, el proceso no es simplemente repetitivo, sino progresivo, y solo es plenamente valorado cuando se ve en este contexto.

De ninguna manera pueden los bahá'ís, en esta hora temprana, presumir de haber comprendido más que una mínima parte de las verdades inherentes a la revelación en que se basa su Fe. Refiriéndose, por ejemplo, a la evolución de la Causa, el Guardián dijo: "Todo lo que podemos razonablemente atrevernos a intentar es esforzarnos por obtener una vislumbre de los primeros haces de luz de la Aurora prometida que, en la plenitud del tiempo, ha de ahuyentar la oscuridad que ha envuelto a la humanidad".¹⁷ Además de alentar la humildad, este hecho debiera servir como recordatorio constante de que Bahá'u'lláh no ha traído a la existencia una nueva religión para que ocupe lugar junto a la presente multiplicidad de organizaciones sectarias. Por el contrario, Él ha refundido la concepción total de la religión en cuanto principal fuerza que impulsa el desarrollo de la consciencia. Así como la raza humana en toda su diversidad es una sola especie, también la intervención por la cual Dios cultiva las cualidades de la mente y el corazón latentes en esa especie es un solo proceso. Sus héroes y santos son los héroes y santos de todas las etapas de esa lucha; sus éxitos, los éxitos de todas las etapas. Ésta es la norma demostrada en la vida y obra del Maestro y ejemplificada hoy en esta Comunidad bahá'í que ha pasado a ser la heredera de todo el legado espiritual de la humanidad, legado que está igualmente disponible para todos los pueblos de la tierra.

Por lo tanto, la prueba que se repite para demostrar la existencia de Dios es que desde tiempo inmemorial Él reitera-

damente Se ha puesto de manifiesto. En el sentido amplio, como lo explica Bahá'u'lláh, la inmensa epopeya de la historia religiosa de la humanidad representa el cumplimiento de la “Alianza”, la promesa duradera con que el Creador de todas las cosas asegura a la raza la infalible guía esencial para su desarrollo moral y espiritual, y le exige que interiorice y dé expresión a estos valores. Uno es libre de poner en duda, a través de interpretaciones historicistas de la evidencia el papel único, de tal o cual Mensajero de Dios, si es ése su propósito, pero semejante especulación no presta ninguna ayuda para explicar acontecimientos que han transformado el pensamiento y efectuado cambios en las relaciones humanas de importancia fundamental para la evolución social. A intervalos tan poco frecuentes que los casos conocidos pueden contarse con los dedos de las manos, las Manifestaciones de Dios han aparecido, cada una ha sido explícita respecto de la autoridad de Sus enseñanzas y cada una ha ejercido una influencia en el adelanto de la civilización que supera sin comparación todos los demás fenómenos de la historia. “Considera la hora en que la suprema Manifestación de Dios Se revela a los hombres”, señala Bahá'u'lláh: “Hasta la llegada de esa hora, el Antiguo Ser, Quien permanece todavía desconocido a los hombres y no ha dado aún expresión a la Palabra de Dios, es, Él mismo, el Omnisciente en un mundo en que no hay ningún hombre que Le haya conocido. Él es, realmente, el Creador sin creación”.¹⁸

*

La objeción que más comúnmente se pone a la mencionada concepción de religión es la afirmación de que las diferencias

entre las creencias reveladas son tan fundamentales que presentarlas como etapas o aspectos de un sistema único de verdad es contrario a los hechos. Dada la confusión que hay en torno a la naturaleza de la religión, esa reacción es comprensible. Sin embargo, mayormente tal objeción ofrece a los bahá'ís una invitación a exponer los principios reseñados aquí más explícitamente en el contexto de evolución presentado en las escrituras de Bahá'u'lláh.

Las diferencias a que se ha aludido están incluidas en las categorías de práctica o de doctrina, presentadas ambas como el propósito de las escrituras pertinentes. En lo que atañe a las costumbres religiosas que rigen la vida personal, es útil comparar el tema con los rasgos correspondientes de la vida material. Es muy poco probable que la diversidad en higiene, vestimenta, medicina, construcción o actividad económica, por muy chocantes que sean, se propongan a estas alturas en apoyo de la teoría de que la humanidad no constituya de hecho un solo pueblo, singular y único. Hasta el comienzo del siglo xx, tales argumentos simplistas eran lugar común, pero la investigación histórica y antropológica ofrece ahora un panorama uniforme del proceso de evolución cultural por el cual estas y otras múltiples expresiones de la creatividad humana llegaron a existir, fueron transmitidas por generaciones sucesivas, experimentaron metamorfosis graduales y a menudo se extendieron para enriquecer la vida de pueblos de países lejanos. El que las sociedades de hoy representen un amplio espectro de tales fenómenos, por tanto, no define en modo alguno una identidad fija e inmutable de los pueblos en cuestión, sino simplemente distingue la etapa que atraviesan —o al menos hasta hace poco han atravesado— los grupos dados. Aun así, todas esas expresiones

culturales se hallan actualmente en un estado de fluidez a consecuencia de las presiones de la integración planetaria.

Un proceso evolutivo similar –indica Bahá'u'lláh– ha caracterizado la vida religiosa de la humanidad. Lo que marca la diferencia está en el hecho de que, en lugar de representar simplemente accidentes del continuo método histórico de prueba y error, tales normas fueron prescritas explícitamente en cada caso, como aspectos integrales de tal o cual revelación de lo Divino, incorporadas en la escritura, y con su integridad mantenida escrupulosamente a lo largo de un período de siglos. En tanto que ciertos rasgos de cada código de conducta cumplían finalmente su propósito y con el tiempo eran eclipsados por intereses de naturaleza diferente producidos por el proceso de evolución social, el código mismo no perdía nada de su autoridad durante la larga etapa de progreso humano en que desempeñaba un papel vital en la formación de la conducta y las actitudes. “Estos principios y leyes, estos sistemas poderosos y firmemente establecidos”, afirma Bahá'u'lláh, “han procedido de una sola Fuente y son los rayos de una sola Luz. Que difieran unos de otros debe atribuirse a los requisitos variables de las edades en que fueron promulgados”.¹⁹

Por lo tanto, sostener que las diferencias de normas, ritos y otras prácticas constituyen una objeción significativa a la idea de la unicidad esencial de la religión revelada supone pasar por alto la finalidad para la cual servían estas prescripciones. Más grave aún, pasa por alto la distinción fundamental entre las características eternas y transitorias de la función de la religión. El mensaje esencial de la religión es inmutable. Es, en palabras de Bahá'u'lláh, “inmutable Fe de Dios, eterna en el pasado, eterna en el futuro”.²⁰ Su papel en abrirle camino al alma para

que entre en una relación cada vez más madura con su Creador –y en dotarla de una medida siempre mayor de autonomía moral para controlar los impulsos animales de la naturaleza humana– no es en absoluto irreconciliable con el que suministre guía auxiliar que realce el proceso de construcción de la civilización.

El proceso de revelación progresiva hace hincapié final en el reconocimiento de la revelación de Dios en su aparición. La omisión de la generalidad de la humanidad a este respecto ha condenado, una y otra vez, a poblaciones enteras a una repetición ritual de disposiciones y prácticas mucho después de que estas últimas han cumplido su finalidad y ya solamente anquilosan el adelanto moral. Es triste que, en el día de hoy, una consecuencia de tal omisión ha sido la de trivializar la religión. Precisamente en el punto de su desarrollo colectivo cuando la humanidad empezaba a luchar con los desafíos de la modernidad, el recurso espiritual de que había dependido principalmente para obtener valor e ilustración moral se convertía rápidamente en objeto de burla, primero a nivel de la toma de decisiones acerca de la dirección que debía tomar la sociedad y, con el tiempo, en círculos cada vez más amplios de la población en general. Entonces, no hay razón para sorprenderse de que esta deslealtad de la confianza humana, con diferencia la más devastadora de las numerosas que ha padecido, con el correr del tiempo socavara los cimientos de la fe misma. Es así que Bahá'u'lláh insta reiteradamente a Sus lectores a pensar en profundidad sobre la lección que dejan tales repetidas omisiones: “Meditad por un momento, y reflexionad sobre lo que ha sido la causa de tal rechazo...”²¹ “¿Cuál pudo haber sido la razón de tal rechazo y elusión...”²² “¿Qué pudo haber causa-

do tal contienda...?”²³ “Reflexiona: ¿cuál pudo haber sido el motivo...?”²⁴

Aún más perjudicial para el entendimiento religioso ha sido la presunción teológica. Un rasgo persistente del pasado sectario de la religión ha sido el papel dominante desempeñado por el clero. En ausencia de textos de las escrituras que estableciesen una autoridad institucional irrefutable, las élites clericales lograron arrogarse a sí mismas el control exclusivo sobre la interpretación de la Intención divina. Sean cuales fuesen los motivos, los trágicos efectos han sido obstruir la corriente de la inspiración, desalentar la actividad intelectual independiente, centrar la atención en las minucias de los rituales y, muy a menudo, generar odio y prejuicio para con los que seguían una senda sectaria diferente de la de los autoproclamados conductores espirituales. Mientras que nada podía impedir al poder creativo de la divina Intervención continuar su labor de crear conciencia progresivamente, el alcance de lo que, en toda época, pudo haberse logrado se volvió cada vez más limitado por esos obstáculos artificialmente urdidos.

A lo largo del tiempo, la teología logró construir en el fondo de cada una de las grandes religiones una autoridad paralela a las enseñanzas reveladas en que se basaba la tradición, e incluso contraria en espíritu a éstas. La conocida parábola de Jesús acerca del labrador que sembraba la semilla en su campo trata tanto de esta cuestión como de sus repercusiones en la época actual: “Pero, mientras la gente dormía, vino su enemigo, sobresembró cizaña entre el trigo, y se fue”.²⁵ Cuando sus siervos le propusieron desarraigarla, el labriego replicó: “No, no sea que al recoger la cizaña, desarraiguéis también el trigo. Dejados crecer juntamente hasta la siega. Y al momento de la

siega, diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y al trigo juntadlo en mi granero”.²⁶ En todas sus páginas, el Corán reserva su peor condena para el daño espiritual que ha causado esta hegemonía rival: Di: “Mi Señor prohíbe sólo las deshonestidades, tanto las públicas como las ocultas, el pecado, la opresión injusta, que asociéis a Dios algo a lo que Él no ha conferido autoridad y que digáis de Dios lo que no sabéis”.²⁷ Para la mente moderna constituye la mayor de las ironías que generaciones de teólogos, cuyas imposiciones a la religión encarnan precisamente la traición tan enérgicamente censurada en estos textos, trataran de usar esa misma advertencia como arma para suprimir toda protesta contra su usurpación de la Autoridad divina.

En efecto, cada nueva etapa en la revelación de la verdad espiritual, en progresivo desenvolvimiento, fue congelada en el tiempo en un juego de imágenes e interpretaciones pegadas a la letra, muchas de ellas tomadas de culturas que estaban en sí mismas agotadas moralmente. Cualquiera que fuese su valor en etapas previas de la evolución de la consciencia, los conceptos de resurrección física, de un paraíso de deleites carnales, reencarnación, prodigios panteístas y otros por el estilo, levantan hoy muros de separación y conflicto en una época en la cual la tierra ha devenido literalmente una sola patria y los seres humanos han de aprender a verse como sus ciudadanos. En este contexto uno puede comprender la vehemencia de las advertencias de Bahá’u’lláh contra las barreras que la teología dogmática pone en el camino de los que procuran comprender la voluntad de Dios: “¡Oh jefes de la religión! No peséis el Libro de Dios con los criterios y ciencias comunes entre vosotros, ya que el Libro mismo es la Balanza infalible establecida entre los

hombres.”²⁸ En Su Tabla dirigida al Papa Pío IX, Él notifica al pontífice de que Dios en este día ha “guardado... en los recipientes de la justicia” todo cuanto es perdurable en la religión y “ha arrojado al fuego lo que le corresponde”.²⁹

*

Libre de la maraña con que la teología ha cercado el entendimiento religioso, la mente puede explorar pasajes conocidos de las escrituras a través de los ojos de Bahá’u’lláh. “Incomparable es este Día”, asevera Él, “pues es como el ojo para las épocas y siglos pasados, y como una luz para la oscuridad de los tiempos”.³⁰ La observación más sorprendente que resulta de sacar partido de esta perspectiva es la unidad de propósito y principio que pasa por todas las escrituras hebreas, el Evangelio y el Corán, en especial, si bien se distinguen ecos de ello en las escrituras de otras de entre las religiones mundiales. Los mismos temas organizativos aparecen repetidamente de la matriz de preceptos, exhortaciones, narraciones, simbolismos e interpretaciones en la cual están insertos. De estas verdades fundamentales, con mucho la más característica es la articulación progresiva y la categórica aseveración de la unicidad de Dios, Creador de toda la existencia ya sea del mundo fenoménico o de aquellos dominios que lo trascienden. “Yo soy Yahvé”, declara la Biblia, “y no hay otro; fuera de Mí no hay Dios alguno”;³¹ y la misma concepción subyace a las posteriores enseñanzas de Jesucristo y Muḥammad.

La humanidad –centro, heredero y fiduciario del mundo– existe para conocer a su Creador y servir a Su propósito. En su expresión más depurada, el impulso humano innato de respuesta

toma la forma de adoración, condición que supone sumisión incondicional a un poder al que se reconoce como merecedor de tal homenaje. “Al rey de los siglos, al inmortal, invisible, al solo Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos”.³² Inseparable del espíritu de reverencia mismo es su expresión de servicio al divino Propósito para la humanidad. Di: “El favor está en manos de Dios, Que lo dispensa a quien Él quiere. Dios es inmenso, omnisciente”.³³ A la luz de este entendimiento, son claras las responsabilidades de la humanidad: “La piedad no consiste en que volváis vuestros rostros a Oriente y Occidente”, dice el Corán; “piadoso es quien cree en Dios... da dinero, por Su amor, a los allegados, huérfanos, pobres, al viajero, a los mendigos...”.³⁴ “Vosotros sois la sal de la tierra”,³⁵ recalca Jesús a aquellos que responden a Su llamamiento. “Sois la luz del mundo”.³⁶ Resumiendo un tema que reaparece una y otra vez en todas las escrituras hebreas y posteriormente sale de nuevo en el Evangelio y el Corán, el profeta Miqueas inquiere: “... lo que te pide Yahvé: practicar la justicia, y amar la misericordia, y andar humildemente en la presencia de tu Dios”.³⁷

Igualmente estos textos concuerdan en que la capacidad del alma para llegar a un entendimiento del propósito de su Creador es producto no sólo de su propio esfuerzo, sino de la intervención de lo Divino que le abre vía. Jesús lo señaló con memorable claridad: “Soy Yo el camino, y la verdad, y la vida; nadie va al Padre, sino por Mí”.³⁸ Si no se ha de ver en esta aseveración simplemente un reto a otras etapas del único proceso en curso de divina Guía, es evidentemente expresión de la verdad central de la religión revelada: que solamente es posible tener acceso a la Realidad incognoscible, que crea y mantiene a la existencia, abriendo los ojos a la iluminación proveniente de

ese Dominio. Uno de los suras más preciados del Corán recoge esta metáfora: “Dios es la Luz de los cielos y de la tierra... ¡Luz sobre Luz! Dios dirige a Su Luz a quien Él quiere”.³⁹ En el caso de los profetas hebreos, el Intermediario divino que había de aparecer posteriormente en el cristianismo en la persona del Hijo del Hombre, y en el islam como el Libro de Dios, asumió la forma de una Alianza obligatoria establecida por el Creador con Abraham, Patriarca y Profeta: “Y estableceré mi pacto entre mí y entre ti, y entre tu posteridad después de ti en la serie de sus generaciones con alianza sempiterna: para ser Yo el Dios tuyo, y de la posteridad tuya después de ti”.⁴⁰

La sucesión de revelaciones de lo Divino también aparece como un rasgo implícito –y normalmente explícito– de todas las fes principales. Una de sus primeras y clarísimas expresiones se encuentra en el Bhagavad-Gita: “Yo vengo, y voy, y vengo. Cuando declina la Rectitud, ¡oh Bharata!, cuando la maldad es intensa, Yo surjo, de época en época, y tomo forma visible, y me muevo como hombre entre los hombres, socorriendo a los buenos, desechando el mal y poniendo a la Virtud de nuevo en su sitio”.⁴¹ Este drama continuo constituye la estructura básica de la Biblia, cuya secuencia de libros relata no solamente las misiones de Abraham y de Moisés –“a quien conoció el Señor cara a cara”– sino de la línea de profetas menores que desarrollaron y consolidaron la labor que estos Autores principales habían echado a andar. Asimismo, ningún exceso de especulación polémica y descabellada acerca de la naturaleza exacta de Jesús podía conseguir separar Su misión de la influencia transformadora ejercida en el curso de la civilización por la labor de Abraham y Moisés. Él mismo advierte que no será Él Quien condene a aquellos que rechazan el mensaje que

trae, sino Moisés, “en quien habéis puesto vuestra esperanza. Si creyeseis a Moisés, me creeríais también a Mí, pues de Mí escribió Él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?”⁴³ Con la revelación del Corán, pasó a ser fundamental el tema de la sucesión de los Mensajeros de Dios: “Creemos en Dios y en lo que nos ha revelado, en lo que reveló a Abraham, Ismael, Isaac, Jacob... en lo que Moisés, Jesús y los profetas recibieron de su Señor”.⁴⁴

Para un lector de tales pasajes que sea objetivo y tenga buena disposición lo que sale a relucir es un reconocimiento de la unicidad esencial de la religión. Es así que el término “islam” (literalmente “sumisión” a Dios) denota no solamente el designio preciso de la Providencia inaugurado por Muḥammad sino también, como las palabras del Corán lo dejan inconfundiblemente claro, a la religión misma. Si bien es correcto que se hable de la unidad de todas las religiones, es clave comprender el contexto. A nivel más profundo, no hay más que una religión. La religión es religión, al igual que la ciencia es ciencia. Aquélla distingue y expresa los valores que progresivamente se despliegan mediante la divina Revelación; ésta es la agencia por la cual la mente humana explora el mundo de los fenómenos y puede ejercer su influencia sobre éste en forma cada vez más precisa. Aquélla define metas que sirven al proceso evolutivo; ésta ayuda a lograrlas. Juntas, constituyen los dos sistemas de conocimiento que impulsan el adelanto de la civilización. Cada una de ellas es aclamada por el Maestro como un “fulgor del Sol de la Verdad”.⁴⁵

Sería, por tanto, un reconocimiento inadecuado del rango único de Moisés, Buda, Zoroastro, Jesús, Muḥammad –o de la sucesión de Avatares que inspiraron las Escrituras hindúes– re-

presentar su labor como la fundación de diferentes religiones. Más bien, son realmente valorados cuando se los reconoce como los Educadores espirituales de la historia, como las fuerzas que han estimulado el surgimiento de las civilizaciones por las cuales la conciencia ha florecido: “Él estaba en el mundo”; declara el Evangelio, “por Él, el mundo había sido hecho...”.⁴⁶ El que sus personas hayan sido reverenciadas infinitamente por encima de las de cualesquiera otras figuras históricas refleja el intento de exteriorizar sentimientos de otro modo inexpresables que en los corazones de innumerables millones de personas han suscitado las bendiciones conferidas por su labor. Amándolos, la humanidad ha aprendido progresivamente lo que significa amar a Dios. Siendo realistas, no hay otra manera de hacerlo. No se los honra con torpes esfuerzos por reflejar el misterio esencial de su naturaleza en dogmas inventados por la imaginación humana: lo que los honra es la entrega incondicional que el alma hace de su voluntad a la influencia transformadora que ellos transmiten.

*

Igualmente se advierte confusión acerca del papel de la religión en el cultivo de la conciencia moral en el entendimiento popular de su contribución a la formación de la sociedad. Tal vez el ejemplo más evidente sea la condición social inferior que la mayoría de los textos sagrados asignan a la mujer. Mientras que los consiguientes beneficios de que gozaban los hombres eran sin duda un factor muy importante en la consolidación de semejante concepción, la justificación moral la daba indiscutiblemente la forma en que la gente entendía la inten-

ción de las escrituras mismas. Con pocas excepciones, estos textos se dirigen a los hombres, asignándoles a las mujeres un papel de apoyo y subordinado dentro de la vida tanto de la religión como de la sociedad. Por desgracia, tal entendimiento hacía lamentablemente fácil que la mayor parte de la culpa de no lograr disciplinar el impulso sexual –rasgo esencial del avance moral– fuese achacada a las mujeres. En un marco de referencia actual, las actitudes de este tipo son fácilmente reconocidas como prejuiciadas e injustas. En las etapas de desarrollo social en que aparecieron todas las religiones principales, la guía de las escrituras trataba primero de civilizar, en la medida de lo posible, relaciones que eran el producto de circunstancias históricas insolubles. No hay que ser muy perspicaz para darse cuenta de que aferrarse hoy en día a normas primitivas desbarataría el propósito mismo del paciente cultivo que la religión ha hecho del sentido moral.

Se han hecho consideraciones similares en el caso de las relaciones entre sociedades. La larga y ardua preparación del pueblo judío para la misión que se esperaba de ellos es una ilustración de la complejidad y el carácter persistente de los desafíos morales en juego. A fin de que pudiesen despertar y florecer las capacidades espirituales a que apelaban los profetas, había que resistir, a toda costa, los atractivos que ofrecían vecinas culturas idólatras. La importancia atribuida a ello por el Propósito divino era ilustrada por relatos de las escrituras referidos a los castigos merecidos que sobrevenían tanto a gobernantes como a súbditos que quebrantaban ese principio. Una cuestión algo comparable surgió en la lucha de la recién nacida comunidad fundada por Muḥammad por sobrevivir a los intentos de tribus paganas árabes por extinguirla, y la crueldad bár-

bara y el despiadado espíritu de venganza que animaba a los atacantes. Nadie que conozca los detalles históricos tendrá dificultad en entender la severidad de los interdictos del Corán sobre el tema. Mientras que a las creencias monoteístas de judíos y cristianos había que respetarlas, no se permitía ninguna concesión para con los idólatras. En un tiempo relativamente breve, esta regla draconiana había conseguido unificar las tribus de la Península Arábiga y lanzó a la recién forjada comunidad a más de cinco siglos de logros morales, intelectuales, culturales y económicos no igualados ni antes ni desde entonces en la velocidad y alcance de su expansión. La historia tiende a ser un juez severo. En última instancia, y desde una perspectiva ecuánime, las consecuencias debidas a aquellos que ciegamente hubieran estrangulado tales empresas en su origen siempre serán eclipsadas por los beneficios recibidos por el mundo en general gracias al triunfo de la visión que la Biblia ofrece de las posibilidades humanas y los adelantos posibilitados por la genialidad de la civilización del islam.

Entre las cuestiones que más se han discutido sobre el entendimiento de la evolución de la sociedad hacia la madurez espiritual se halla la del crimen y el castigo. Aunque diferentes en su detalle, las penas prescritas por la mayoría de los textos sagrados para actos de violencia dirigidos contra el bien común o los derechos de otras personas tendían a ser severas. Es más, a menudo llegaban a permitir la represalia contra los culpables por las partes perjudicadas o por miembros de sus familias. Sin embargo, en una perspectiva histórica podría uno preguntarse qué otras alternativas prácticas había. Al no existir ni los actuales programas de cambio de conducta, ni tampoco poder recurrirse a la posibilidad de cárceles y servicios de manteni-

miento del orden público, a la religión le interesaba sobremanera dejar indeleblemente grabada en la conciencia de todos la inadmisibilidad moral –y los costos prácticos– de conductas cuyo efecto habría sido, de otro modo, desalentar los esfuerzos por el progreso social. Desde entonces la totalidad de la civilización ha sido la beneficiaria, y sería una falta de sinceridad no reconocerlo.

Así ha sido durante todas las dispensaciones religiosas cuyos orígenes han sobrevivido en documentos escritos. No se cuestionaron la mendicidad, la esclavitud, la autocracia, las conquistas, los prejuicios étnicos ni otros aspectos indeseables de la interacción social –o se toleraron explícitamente– mientras la religión se centraba en conseguir reformas de conducta que se consideraban inmediatamente imprescindibles en etapas concretas en el avance de la civilización. Condenar a la religión porque una de sus sucesivas dispensaciones no trató todo el ámbito de males sociales sería desconocer todo lo que se ha aprendido sobre la naturaleza del desarrollo humano. Es inevitable que un pensamiento anacrónico de esta clase cree también graves impedimentos psicológicos en la valoración y afrontamiento de los requerimientos de la época en que a uno le toca vivir.

No se trata del pasado, sino de las consecuencias para el presente. Los problemas surgen cuando los seguidores de alguna de las creencias resultan ser incapaces de distinguir entre sus rasgos eternos y transitorios, e intentan imponerle a la sociedad reglas de conducta que hace tiempo ya han cumplido su propósito. Este principio es fundamental para entender el papel social de la religión: “El remedio que el mundo necesita para sus aflicciones actuales no puede ser nunca el mismo que el

que pueda requerir una época posterior”, señala Bahá’u’lláh. “Preocupaos fervientemente de las necesidades de la edad en que vivís y centrad vuestras deliberaciones en sus exigencias y requerimientos”.⁴⁷

*

Las exigencias de la nueva época de experiencia humana a las que Bahá’u’lláh llamó la atención de los gobernantes políticos y religiosos del mundo del siglo XIX, han sido ya en gran parte adoptadas por doquier, al menos como ideales, por sus sucesores y por mentes progresistas. Para cuando el siglo XX se acercaba a su término, se habían convertido en centrales para el discurso global unos principios que sólo algunas breves décadas antes habían sido condescendentemente tildados de visionarios y totalmente carentes de realismo. Apuntalados por los descubrimientos de la investigación científica y las conclusiones de comisiones influyentes —a menudo financiadas espléndidamente—, dirigen la labor de poderosas agencias a nivel internacional, nacional y local. Se dedica una gran cantidad de literatura erudita a examinar medios prácticos para su ejecución, y esos programas pueden contar con la atención de los medios de comunicación en los cinco continentes.

Es de lamentar que a la mayoría de estos principios tampoco se les preste atención, no solamente entre enemigos reconocidos de la paz social, sino en círculos declaradamente comprometidos con ellos. Lo que falta no son testimonios convincentes en cuanto a su relevancia, sino el poder de convicción moral que puede ponerlos en práctica, poder cuya única fuente demostradamente fiable a lo largo de la historia ha sido la fe

religiosa. Hasta el comienzo de la propia misión de Bahá'u'lláh, la autoridad religiosa todavía ejercía un grado significativo de influencia social. Cuando el mundo cristiano se sintió movido a romper con milenios de convicción incondicional y por fin abordó el mal de la esclavitud, los primeros reformadores británicos optaron por apelar a los ideales bíblicos. Posteriormente, en el discurso determinante que dio acerca del papel fundamental que desempeñó el tema en el gran conflicto de Norteamérica, el Presidente de los Estados Unidos advirtió que si “cada gota de sangre que arranque el látigo ha de pagarse con otra que arranque la espada, como se dijo hacía tres mil años, también debe decirse «los juicios del Señor son del todo justos y verdaderos»”.⁴⁸ Sin embargo, esa era se acercaba rápidamente a su fin. En los trastornos que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, incluso una figura tan influyente como Mohandas Ghandi resultó ser incapaz de movilizar la fuerza espiritual del hinduismo en apoyo de sus esfuerzos por extinguir la violencia sectaria en el subcontinente indio. Tampoco fueron más eficaces al respecto los líderes de la comunidad islámica. Tal como lo había prefigurado la metafórica visión del Corán que habla del “Día en que plegaremos el cielo como se pliega un pergamino”,⁴⁹ la otrora autoridad incuestionable de las religiones tradicionales había dejado de dirigir las relaciones sociales de la humanidad.

Es en este contexto que uno comienza a comprender por qué Bahá'u'lláh escogió estas imágenes acerca de la voluntad de Dios para una nueva época: “No penséis que os hemos revelado un mero código de leyes. Antes bien, hemos roto el sello del Vino selecto con los dedos de la fuerza y del poder.”⁵⁰ A través de Su revelación, los principios requeridos para la llega-

da colectiva a la mayoría de edad de la raza humana han sido investidos con el único poder capaz de penetrar hasta las raíces de la motivación humana y de modificar su conducta. Para quienes Le han reconocido, la igualdad de hombres y mujeres no constituye un postulado sociológico, sino que es verdad revelada acerca de la naturaleza humana, con implicaciones para todos los aspectos de las relaciones humanas. Lo mismo vale para Su enseñanza acerca del principio de la unicidad racial. La educación universal, la libertad de pensamiento, la protección de los derechos humanos, el reconocimiento de que los amplios recursos de la tierra son fideicomiso de todo el género humano, la responsabilidad de la sociedad por el bienestar de sus ciudadanos, la promoción de la investigación científica e incluso un principio tan práctico como un idioma auxiliar internacional que promueva la integración de los pueblos de la tierra: para todos aquellos que responden a la revelación de Bahá'u'lláh, estos preceptos y otros similares revisten la misma autoridad irresistible que los mandamientos de las escrituras que prohíben la idolatría, el robo y el falso testimonio. Si bien son perceptibles algunas insinuaciones de ellos en escrituras sagradas anteriores, su definición y prescripción necesariamente tenía que esperar hasta que las heterogéneas poblaciones del planeta pudieran juntas lanzarse al descubrimiento de su naturaleza en cuanto raza humana única. Por la atribución de poder espiritual traída por la revelación de Bahá'u'lláh, los divinos Estandartes se perciben no como principios y leyes aisladas, sino como facetas de una visión única, omnímoda, del futuro de la humanidad, revolucionaria en su propósito, embriagadora en las posibilidades que abre.

Consustancial a estas enseñanzas se hallan ciertos principios que se refieren a los asuntos colectivos de la humanidad. Un pasaje muy citado de la Tabla de Bahá'u'lláh a la Reina Victoria expresa categórica alabanza del principio de gobierno democrático y constitucional, pero constituye también una advertencia sobre el contexto de responsabilidad mundial en que debe regir ese principio para poder conseguir su propósito en esta época: “¡Oh vosotros, los representantes elegidos del pueblo en todos los países! Reuníos a consultar y ocupaos sólo con lo que beneficie a la humanidad y mejore su condición, ojalá fuerais de los que inquieten con cuidado. Considerad al mundo como el cuerpo humano, que aunque al ser creado es sano y perfecto, ha sufrido, por diversas causas, graves trastornos y enfermedades. Ni un día logró alivio; más bien su dolencia se hizo más severa, puesto que cayó en manos de médicos ignorantes que, dando rienda suelta a sus deseos personales, han errado gravemente. Y si alguna vez, por el cuidado de un médico competente, sanaba un miembro de aquel cuerpo, el resto quedaba enfermo como antes.”⁵¹. En otros pasajes Bahá'u'lláh traza algunas de las implicaciones prácticas. Se emplaza a los gobiernos del mundo a convocar un cuerpo consultivo internacional como la base, en palabras del Guardián, de «un sistema federal mundial»⁵² facultado para salvaguardar la autonomía y el territorio de sus estados miembros, resolver disputas nacionales y regionales y coordinar programas de desarrollo internacional para el bien de toda la raza humana. De forma significativa, Bahá'u'lláh atribuye a este sistema, una vez establecido, el derecho a sofocar por la fuerza los actos de agresión de un Estado contra otro. Dirigiéndose a los gobernantes de Su tiempo, afirma la clara legitimidad moral de tal acción: «Si alguno

de vosotros se levantara en armas contra otro, levantaos todos contra él, porque esto no es sino justicia manifiesta».

*

El poder por el cual estas metas han de llevarse progresivamente a cabo es el de la unidad. Si bien para los bahá'ís es la más evidente de las verdades, sus consecuencias para la actual crisis de la civilización parecen pasar inadvertidas en la mayor parte del discurso moderno. Pocos estarán en desacuerdo con que la enfermedad universal que agota la salud del cuerpo de la humanidad es la de la desunión. Sus manifestaciones por todas partes paralizan la voluntad política, debilitan el ansia colectiva por el cambio y envenenan las relaciones nacionales y religiosas. Es muy extraño, entonces, que se considere la unidad como una meta que ha de alcanzarse, si es que alguna vez se alcanza, en un lejano futuro, después de que hayan sido abordados y resueltos de una u otra forma un sinfín de desórdenes en la vida social, política, económica y moral. Mas éstos son esencialmente síntomas y efectos colaterales del problema: no su causa primordial. ¿Por qué ha llegado a aceptarse ampliamente una inversión tan fundamental de la realidad? Presumiblemente la respuesta sea porque se considera que el logro de verdadera unidad de mente y corazón entre pueblos cuyas experiencias discrepan profundamente está más allá de la capacidad de las instituciones existentes de la sociedad. Si bien esta admisión tácita es un bien acogido avance con relación al entendimiento de los procesos de evolución social que reinaba algunas décadas atrás, es de limitada ayuda práctica para responder al desafío.

La unidad es una condición del espíritu humano. La educación puede apoyarla y realzarla, al igual que la ley, pero pueden solamente en cuanto surja y se haya establecido como una fuerza influyente en la vida social. Una intelectualidad mundial, con preceptos en su mayor parte determinados por erróneos conceptos materialistas de la realidad, se aferra tenazmente a la esperanza de que una ingeniería social imaginativa, apoyada en arreglos políticos, posponga indefinidamente los potenciales desastres que –pocos lo niegan– se ciernen sobre el futuro de la humanidad. “Percibimos perfectamente cómo toda la raza humana está rodeada de grandes, de incalculables aflicciones”, declara Bahá’u’lláh. “Los que están embriagados de presunción se han interpuesto entre ella y el Médico divino e infalible. Presenciad cómo han enredado a todos los hombres, incluso a sí mismos, en la red de sus artificios. No pueden ni descubrir la causa de la enfermedad, ni tampoco poseen conocimiento del remedio”.⁵⁴ Siendo la unidad el remedio para los males del mundo, su única fuente cierta radica en el restablecimiento de la influencia de la religión en los asuntos humanos. Las leyes y principios que Dios ha revelado en este día –declara Bahá’u’lláh– “son los instrumentos más potentes y el más seguro de todos los medios para que amanezca entre los hombres la luz de la unidad”.⁵⁵ “Los cambios y azares del mundo nunca podrán menoscabar la resistencia de todo lo que sea erigido sobre este cimiento, ni el transcurso de incontables siglos podrá socavar su estructura”.⁵⁶

Por consiguiente, ha sido fundamental en la misión de Bahá’u’lláh la creación de una comunidad mundial que refleje la unicidad de la humanidad. El testimonio definitivo que la Comunidad bahá’í puede aducir para reivindicar Su misión es

el ejemplo de unidad que han producido Sus enseñanzas. Al entrar en el siglo XXI, la Causa bahá'í es un fenómeno que no se parece a nada que el mundo haya visto. Tras décadas de esfuerzos, en las cuales las olas de crecimiento se alternaban con largos períodos de consolidación, a menudo oscurecidos por reveses, la Comunidad bahá'í comprende a varios millones de personas que de hecho representan a todos los ámbitos étnicos, culturales, sociales y religiosos del planeta, y administran sus asuntos colectivos sin la intervención de un clero, mediante instituciones democráticamente elegidas. Los miles de localidades donde ha echado raíces se hallan en todo país, territorio y grupo importante de islas, desde el Océano Ártico a Tierra del Fuego, de África al Océano Pacífico. La aseveración de que esta comunidad pueda hoy ya constituir el grupo humano más diverso y geográficamente extendido de todos los grupos organizados similarmente en el planeta difícilmente será puesta en duda por alguien que conozca la evidencia.

El logro exige entendimiento. Las explicaciones convencionales –acceso a riqueza, el patrocinio de poderosos intereses políticos, invocaciones a lo oculto o agresivos programas de proselitismo que inculcan miedo a la ira de Dios– nada de ello ha desempeñado un papel en los acontecimientos en cuestión. Los adherentes de la Fe han logrado un sentido de identidad en cuanto miembros de una raza humana única, identidad que determina el propósito de sus vidas y que, claramente, no constituye la expresión de una superioridad moral intrínseca por parte de ellos: «¡Oh pueblo de Bahá! El que no haya nadie que rivalice con vosotros es un signo de misericordia». ⁵⁷ Un observador imparcial se ve obligado a tomar en consideración por lo menos la posibilidad de que el fenómeno represente la

acción de influencias totalmente diferentes, en su naturaleza, de las conocidas –influencias que sólo pueden describirse apropiadamente como espirituales– capaces de producir hazañas extraordinarias de sacrificio y entendimiento en gente común y corriente de todos los orígenes.

Especialmente sorprendente ha sido el hecho de que la Causa bahá'í haya podido mantener la unidad así lograda, incólume e intacta, durante las vulnerabilísimas primeras etapas de su existencia. En vano podemos tratar de encontrar otra asociación de seres humanos en la historia –política, religiosa o social– que haya sobrevivido satisfactoriamente la perenne plaga de cisma y disensión. En toda su diversidad, la Comunidad bahá'í es un solo grupo de personas, con un solo entendimiento de la revelación de Dios que le dio origen; es uno solo en su consagración al Orden Administrativo que su Autor creó como forma de gobierno para sus asuntos colectivos y uno solo en su compromiso con la tarea de difundir Su mensaje por todo el planeta. Durante las décadas de su ascenso, varios individuos, algunos de ellos muy bien situados y todos estimulados por la ambición, hicieron cuanto les fue posible por crear sus propios séquitos leales a ellos mismos o a las interpretaciones personales que habían impuesto a las escrituras de Bahá'u'lláh. En los comienzos de la evolución de toda religión ha habido intentos similares que han logrado escindir las recién nacidas creencias transformándolas en sectas rivales. Sin embargo, en la Causa bahá'í tales intrigas, sin excepción, no han llegado a producir más que estallidos pasajeros de controversia cuyo efecto final ha sido el de profundizar el entendimiento que la comunidad tenía del propósito de su Fundador y su entrega a éste. «Tan potente es la luz de la unidad», garantiza Bahá'u'lláh a quienes

Le reconocen, «que puede iluminar toda la tierra».⁵⁸ Siendo la naturaleza humana lo que es, puede uno fácilmente comprender la previsión del Guardián en el sentido de que este proceso purificador por mucho tiempo ha de continuar siendo –paradójica pero necesariamente– un rasgo esencial de la maduración de la Comunidad bahá'í.

*

Una consecuencia del abandono de la fe en Dios ha sido una parálisis de la capacidad de abordar eficazmente el problema del mal o, en muchos casos, de siquiera reconocerlo. Si bien los bahá'ís no atribuyen al fenómeno la existencia objetiva que se suponía poseía en etapas anteriores de la historia religiosa, la negación del bien que el mal representa, como ocurre con la oscuridad, la ignorancia o la enfermedad, tiene el efecto de mutilar severamente. No pasan muchas temporadas editoriales que no ofrezcan al lector educado una serie de nuevos e imaginativos análisis del carácter de las monstruosas figuras que, durante el siglo xx, en forma sistemática torturaron, degradaron y exterminaron a millones de sus semejantes. La autoridad de los eruditos nos invita a sopesar la importancia que debiera darse, según el caso, al abuso de los padres, rechazo social, desilusiones profesionales, pobreza, injusticia, experiencias bélicas, posible daño genético, literatura nihilista –o varias combinaciones de lo anterior– cuando tratamos de entender las obsesiones que alimentan el odio aparentemente inacabable del género humano. Falta notoriamente en tal especulación contemporánea lo que comentaristas experimentados, tan recientemente como hace un siglo, habrían reconocido como enfermedad espiritual, cualesquiera que fuesen sus características.

Si la unidad es la prueba de fuego del progreso humano, ni la historia ni el Cielo perdonarán fácilmente a quienes optan por alzar la mano deliberadamente contra ella. Al confiar, la gente baja las defensas y se abre a los demás. Sin ello, no hay forma en que se puedan comprometer incondicionalmente con metas compartidas. Nada es tan devastador como descubrir repentinamente que, para la otra parte, los compromisos adoptados de buena fe no han representado más que una ventaja a su favor, un medio de lograr objetivos encubiertos diferentes de lo que habían emprendido ostensiblemente en conjunto o, incluso, adversos a éstos. Semejante traición es un hilo persistente en la historia humana, entre cuyas expresiones más antiguas de las que se guarda registro figura el relato de los celos que Caín tenía de su hermano, cuya fe Dios había decidido confirmar. Si el horroroso sufrimiento padecido por los pueblos de la tierra durante el siglo xx ha dejado una lección, ésta consiste en el hecho de que la desunión sistémica, heredada de un pasado lóbrego y relaciones ponzoñosas en todos los ámbitos de la vida, podría en esta época abrir las puertas a una conducta demoníaca más brutal que todo cuanto la mente haya imaginado posible. Si el mal tiene un nombre, es ciertamente la violación deliberada de los acuerdos de paz y reconciliación con que los pueblos de buena voluntad tratan de escapar del pasado y construir en conjunto un nuevo futuro. Por su propia naturaleza, la unidad requiere abnegación. «... el amor de sí mismo está incorporado a la arcilla misma del hombre». ⁵⁹ El ego, que Él denomina «el insistente yo», ⁶⁰ se resiste instintivamente a las restricciones impuestas a lo que él concibe ser su libertad. Para abstenerse voluntariamente de las satisfacciones que proporciona el libertinaje, el individuo debe llegar a creer que el contento se halla

en otra parte. En última instancia, se halla donde siempre: en la sumisión del alma a Dios.

El hecho de no hacer frente al reto de tal sumisión se ha manifestado con consecuencias especialmente devastadoras a lo largo de los siglos en la traición a los Mensajeros de Dios y los ideales que enseñaban. Esta exposición no es el lugar adecuado para revisar la naturaleza y disposiciones de la Alianza concreta por medio de la cual Bahá'u'lláh ha logrado preservar la unidad de aquellos que Le reconocen y sirven a Su propósito. Basta tomar nota del enérgico lenguaje que reserva para su violación deliberada por parte de quienes a la vez simulan ser leales a ella: «Aquellos que se han apartado de ella son contados entre los moradores del fuego más profundo a los ojos de tu Señor, el Todopoderoso, el Ilimitado».⁶¹ La razón de la severidad de esta condena está clara. A pocos les cuesta reconocer el peligro que representan para el bienestar social delitos tan conocidos como el asesinato, la violación o el fraude, así como la necesidad que la sociedad tiene de tomar medidas eficaces para su propia protección. Mas ¿qué han de pensar los bahá'ís de una perversidad que, de no ser atajada, destruiría el medio mismo que es esencial para la creación de la unidad y, en las inexorables palabras de 'Abdu'l-Bahá, «llegaría a ser como un hacha que golpea la raíz misma del Árbol Bendito»?⁶² El problema no consiste en disidencia intelectual, ni siquiera en debilidad moral. Mucha gente se resiste a aceptar la autoridad de uno u otro tipo, y con el tiempo se distancia de circunstancias que la requieren. Las personas que han sido atraídas a la Fe bahá'í pero que, por cualquier razón, deciden irse pueden hacerlo libremente.

El quebrantamiento de la Alianza es un fenómeno de naturaleza fundamentalmente diferente. El impulso que despierta en los que están bajo su influencia no es el de simplemente

seguir cualquier camino que crean conduce a la realización personal o la contribución a la sociedad. Antes, a tales personas las anima un empeño aparentemente incontrolable de imponer su voluntad personal a la comunidad por todos los medios a su alcance, sin consideración del daño que hacen y sin respeto por la promesa solemne que hicieron al ser aceptados como miembros de esa comunidad. En última instancia, el yo pasa a ser la autoridad absoluta, no sólo en la propia vida del individuo, sino en cuantas otras vidas logre influir. Como la larga y trágica experiencia lo ha demostrado con demasiada certeza, dotes tales como un linaje distinguido, el intelecto, la educación, el liderazgo piadoso o social pueden ser utilizadas en el servicio a la humanidad o bien, igualmente, en el de la ambición personal. En épocas pasadas, cuando el centro del Propósito divino lo constituían prioridades espirituales de naturaleza diferente, las consecuencias de semejante rebelión no viciaban el mensaje principal de ninguna de las sucesivas revelaciones de Dios. Hoy día, con las inmensas oportunidades y terribles peligros que la unificación física del planeta ha traído consigo, comprometerse con los requerimientos de la unidad viene a ser la piedra de toque de todo aquel que dice estar dedicado a la voluntad de Dios o, si es que se puede decir, al bienestar del género humano.

*

Todo lo que ha ocurrido en su historia ha equipado a la Fe bahá'í para abordar el desafío que enfrenta. Aun en esta etapa relativamente temprana de su desarrollo –y con recursos relativamente limitados actualmente– la organización bahá'í es total-

mente merecedora del respeto que se está ganando. Un espectador no necesita aceptar su afirmación de ser de origen divino para apreciar lo que está logrando. Considerados simplemente como fenómenos de este mundo, la naturaleza y realizaciones de la Comunidad bahá'í constituyen su propia justificación para merecer la atención de todos los que están seriamente preocupados por la crisis de la civilización, ya que son una prueba de que los pueblos del mundo, con lo diversos que son, pueden aprender a vivir y trabajar y hallar satisfacción como una sola raza, en una sola patria mundial.

Este hecho subraya la urgencia de los sucesivos Planes ideados por la Casa Universal de Justicia para la expansión y consolidación de la Fe, si fuera necesario mayor hincapié. El resto de la humanidad tiene todo el derecho a suponer que un grupo de personas legítimamente comprometidas con la visión de unidad encarnada en las escrituras de Bahá'u'lláh ha de ser un colaborador cada vez más entusiasta para con los programas de mejoramiento social que para su éxito dependen precisamente de la fuerza de la unidad. Para responder a las expectativas, la Comunidad bahá'í deberá crecer a un paso cada vez más acelerado, multiplicando en gran medida los recursos humanos y materiales invertidos en su labor y diversificando más aún la variedad de talentos que hacen de ella un socio útil para organizaciones con ideas afines. Los objetivos sociales de este esfuerzo deben ser acompañados por un reconocimiento del anhelo de millones de personas igualmente sinceras, que todavía son inconscientes de la misión de Bahá'u'lláh pero están inspiradas por muchos de sus ideales, por una oportunidad de hallar vidas de servicio que tengan significado duradero.

Por tanto, la cultura de crecimiento sistemático que echa raíces en la Comunidad bahá'í parecería ser, con mucho, la respuesta más eficaz que los amigos pueden dar al desafío anali-

zado en estas páginas. La experiencia de una intensa y continua inmersión en la Palabra Creativa los libra poco a poco de la garra de las suposiciones materialistas –lo que Bahá'u'lláh denomina «las alusiones de las personificaciones de la fantasía satánica»⁶³– que penetran la sociedad y paralizan los impulsos hacia el cambio. Desarrolla en nosotros la capacidad de ayudar a que el anhelo de unidad por parte de los amigos y conocidos encuentre una expresión madura e inteligente. La naturaleza de las actividades centrales del presente Plan –clases de niños, reuniones devocionales y círculos de estudio– permite que personas cada vez más numerosas que aún no se consideran bahá'ís se sientan libres de participar en el proceso. El resultado ha sido dar nacimiento a lo que adecuadamente se ha dado en llamar una «comunidad de intereses». A medida que otros se benefician con la participación y llegan a identificarse con las metas a que la Causa aspira, la experiencia demuestra que también ellos se sienten inclinados a comprometerse de lleno con Bahá'u'lláh en calidad de agentes eficaces de Su propósito. Por consiguiente, además de los objetivos relacionados con el Plan, la prosecución incondicional de éste tiene la potencialidad de aumentar enormemente la contribución de la Comunidad bahá'í al discurso público acerca de lo que ha llegado a ser el problema más exigente que tiene ante sí el género humano.

Sin embargo, si los bahá'ís han de cumplir el mandato de Bahá'u'lláh, es, por supuesto, indispensable que lleguen a comprender que los esfuerzos paralelos por promover el mejoramiento de la sociedad y enseñar la Fe bahá'í no son actividades que compitan por atención. Por el contrario, son aspectos recíprocos de un solo programa coherente mundial. Las diferencias en el enfoque están determinadas principalmente por las

necesidades distintas y las diferentes etapas de indagación que encuentran los amigos. Debido a que el libre albedrío es una dote inherente al alma, cada persona que se siente motivada a examinar las enseñanzas de Bahá'u'lláh necesita hallar su propio lugar en el interminable continuo de la búsqueda espiritual. Necesita determinar, en la privacidad de su propia consciencia y sin presiones, la responsabilidad espiritual que este descubrimiento trae consigo. Sin embargo, con el fin de ejercer inteligentemente esta autonomía, debe adquirir tanto una perspectiva de los procesos de cambio en los cuales, al igual que el resto de la población de la tierra, se halla inmerso y un claro entendimiento de las consecuencias en su propia vida. Es la obligación de la Comunidad bahá'í hacer todo cuanto esté a su alcance por prestar asistencia en todas las etapas del movimiento universal de la humanidad hacia la reunión con Dios. El Plan Divino dejado en herencia por el Maestro es el medio por el cual se lleva a cabo esta labor.

Luego, por muy importante que sea el ideal de la unicidad de la religión, la tarea de compartir el mensaje de Bahá'u'lláh evidentemente no es un proyecto interreligioso. Mientras que la mente busca la certidumbre intelectual, lo que el alma anhela es alcanzar la *certeza*. Semejante convicción interior es la meta final de toda búsqueda espiritual, independientemente de lo rápido o lento que sea el proceso. Para el alma, la experiencia de la conversión no es un rasgo accidental ni secundario de la exploración de la verdad religiosa, sino el tema central que finalmente debe abordarse. No hay ambigüedad en las palabras de Bahá'u'lláh sobre el tema, ni la puede haber en las mentes de quienes tratan de servirle: «En verdad digo: Éste es el Día en que la humanidad puede contemplar el Rostro del Prometido y

oír Su Voz. Se ha proclamado el Llamamiento de Dios y se ha alzado la Luz de Su semblante sobre los hombres. Incumbe a todos borrar de la tabla de su corazón la huella de toda palabra vana, y contemplar con mente abierta e imparcial los signos de Su Revelación, las pruebas de Su Misión y las muestras de Su gloria».⁶⁴

*

Uno de los rasgos distintivos de la modernidad ha sido el despertar universal de la consciencia histórica. Un resultado de este revolucionario cambio de perspectiva que realza sobremedida la enseñanza del mensaje de Bahá'u'lláh es la capacidad de la gente de reconocer, si se les da la oportunidad, que el cuerpo total de textos sagrados de la humanidad coloca el drama de la salvación misma directamente en el contexto de la historia. Por debajo del lenguaje de superficie en símbolos y metáforas, la religión, como las escrituras lo revelan, no actúa sólo por los arbitrarios dictados de la magia, sino como un proceso de cumplimiento que se desenvuelve en un mundo físico creado por Dios para tal efecto.

En este sentido, los textos son unánimes: la meta de la religión es que la humanidad alcance la edad de la «cosecha»,⁶⁵ de «un solo rebaño y un solo pastor»,⁶⁶ la gran edad por venir en que «la tierra brillará con la gloria de su Señor»⁶⁷ y la voluntad de Dios se hará «en la tierra como en el cielo»,⁶⁸ «el Día prometido»⁶⁹ en que «la ciudad santa»⁷⁰ descenderá «del cielo (...) viniendo de Dios»,⁷¹ en que «el monte de la Casa de Yahvé será establecido en la cumbre de los montes, y se elevará sobre los collados; y acudirán a él todas las naciones»,⁷² en que Dios

querrá saber «por qué aplastáis a mi pueblo, y moléis el rostro de los pobres»;⁷³ el Día en que las escrituras que han sido «selladas hasta el tiempo del fin»⁷⁴ serán abiertas y la unión con Dios hallará expresión en un nombre nuevo, que Yahvé determinará con su boca»;⁷⁵ edad que superará todo cuanto la humanidad haya experimentado, haya concebido la mente o el lenguaje hasta ahora haya abarcado: «Como creamos una vez primera, crearemos otra. ¡Es promesa que nos obliga y la cumpliremos!»⁷⁶

Por consiguiente, el propósito declarado de la serie histórica de revelaciones proféticas ha sido no sólo el de guiar al buscador por la senda de la salvación personal, sino preparar a toda la familia humana para el gran Acontecimiento escatológico por llegar, mediante el cual se ha de transformar completamente la vida del mundo. La revelación de Bahá'u'lláh no es preparatoria ni profética. *Es* ese Acontecimiento. A través de su influencia, se ha echado a andar la empresa prodigiosa de echar los cimientos del Reino de Dios, y la población de la tierra ha sido dotada con los poderes y capacidades que la tarea requiere. Ese Reino es una civilización universal configurada por principios de justicia social y enriquecida por logros de la mente y espíritu humanos que superan cuanto pueda concebir la época presente. «Éste es el Día», declara Bahá'u'lláh, «en que los muy excelentes favores de Dios han sido derramados sobre los hombres, Día en que Su muy potente gracia ha sido infundida a todas las cosas creadas... Pronto el orden actual será enrollado y uno nuevo será desplegado en su lugar».⁷⁷

El servicio a la meta exige un entendimiento de la diferencia fundamental que distingue a la misión de Bahá'u'lláh de proyectos políticos e ideológicos inventados por el hombre. El

vacío moral que produjeron los horrores del siglo xx puso al descubierto hasta dónde llegan los límites de la capacidad de la mente sola para idear y construir una sociedad ideal, por muy grandes que sean los recursos materiales utilizados en el esfuerzo. El consecuente sufrimiento ha grabado la lección indeleblemente en la consciencia de los pueblos de la tierra. Por tanto, la perspectiva de la religión sobre el futuro de la humanidad no tiene nada en común con sistemas del pasado, y sólo relativamente poca relación con los de hoy día. Apela a una realidad en el código genético, si se puede describir así, del alma racional. Hace dos mil años Jesucristo enseñó que el Reino de Dios está «adentro». ⁷⁸ Sus analogías orgánicas de una «viña», ⁷⁹ de «semilla [sembrada] en tierra fértil», ⁸⁰ del «árbol bueno [que] da frutos sanos» ⁸¹ hablan de una potencialidad de la especie humana que ha sido cultivada y educada por Dios desde los albores del tiempo como la finalidad y vanguardia del proceso creador. El trabajo continuo de paciente cultivo es la tarea que Bahá'u'lláh ha encomendado al conjunto de aquellos que Le reconocen y abrazan Su Causa. No es de extrañar, entonces, el elevado lenguaje en que habla de tan grande privilegio: «Sois las estrellas del cielo del entendimiento, la brisa que sopla al amanecer, las mansas aguas de las cuales debe depender la vida misma de todos los hombres...». ⁸²

El proceso contiene dentro de sí la seguridad de su cumplimiento. Para los que tienen ojos para ver, la nueva creación emerge hoy día por doquier, de la misma forma que una planta de semillero llega a ser con el tiempo un árbol fructífero, o un niño se convierte en adulto. Las sucesivas dispensaciones de un Creador amoroso y resuelto han llevado a los habitantes de la tierra al umbral de su llegada colectiva a la madurez como un

solo pueblo. Bahá'u'lláh llama ahora a la humanidad a hacerse cargo de su herencia: «Lo que el Señor ha dispuesto como el remedio supremo y el instrumento más poderoso para la curación de todo el mundo es la unión de todos sus pueblos en una sola Causa universal, una misma Fe».⁸³

REFERENCIAS

1. Bahá'u'lláh hace referencia a la antigua historia persa y árabe de Majnún y Laylí, *The Seven Valleys and The Four Valleys* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1991), p. 6.
2. *Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh* (en prensa), sección LXI.
3. *Ibid.* sección XVI.
4. *Tablas de Bahá'u'lláh reveladas después del Kitáb-i-Aqdas* (Barcelona: Arca, 2002), p. 40.
5. *Pasajes*, sección XVII.
6. Bahá'u'lláh, *Epistle to the Son of the Wolf* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1988), p. 133.
7. Bahá'u'lláh, *El Kitáb-i-Íqán* (Terrassa: Editorial Bahá'í de España, 1995), párrafo 216.
8. *Ibid.*
9. *Ibid.*, párrafo 104.
10. *Ibid.*, párrafo 106.
11. *Pasajes*, sección XXII.
12. *Oraciones y meditaciones de Bahá'u'lláh* (Barcelona: Arca, 2002), CLXXX.
13. *Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh*, sección XXVII.

14. *Ibid.* CIX.
15. *Ibid.* LXXXI.
16. Julian Huxley, citado por Pierre Teilhard de Chardin, *The Phenomenon of Man* (Londres: William Collins Sons & Co. Ltd., 1959), p. 243. Véase también Julian Huxley, *Knowledge, Morality, and Destiny* (Nueva York: Harper & Brothers, 1957), p. 13.
17. Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh: Selected Letters* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1991), p. 35. Existe versión en castellano (Buenos Aires: EBILA, 1973).
18. *Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh*, sección LXXXVIII.
19. *Ibid.*, sección CXXXII.
20. Bahá'u'lláh, *El Kitáb-i-Aqdas: El Libro Más Sagrado* (Barcelona: Arca, 2003), párrafo 182.
21. Bahá'u'lláh, *El Kitáb-i-Íqán*, párrafo 4.
22. *Ibid.*, párrafo 8.
23. *Ibid.*, párrafo 13.
24. *Ibid.*, párrafo 14.
25. S. Mateo 13.25, versión de J. Straubinger.
26. *Ibid.*, 13.29-30.
27. *El Corán*, sura 7, versículo 33, versión de J. Vernet (Barcelona: Círculo de Lectores, 2002).
28. Bahá'u'lláh, *El Kitáb-i-Aqdas*, párrafo 99.
29. *El llamamiento del Señor de las Huestes* (en prensa); *Tablets of Bahá'u'lláh* (Haifa: Bahá'í World Centre, 2002), párrafo 126.
30. Bahá'u'lláh, citado en Shoghi Effendi, *The Advent of Divine Justice* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1990), p. 79. Existe versión en castellano (Buenos Aires: EBILA, 1972).
31. Isaías 45.5.
32. Timoteo 1.17.
33. *El Corán*, sura 3, versículo 73.

34. *Ibíd.* sura 2, versículo 177.
35. S. Mateo 5.13.
36. *Ibíd.* 5.14.
37. Miqueas 6.8.
38. S. Juan 14.6.
39. *El Corán*, sura 24, versículo 35.
40. Génesis 17.7.
41. Bhagavad-Gita, capítulo IV.
42. Deuteronomio 34.10.
43. S. Juan 5.45-47.
44. *El Corán*, sura 2, versículo 136.
45. *The Promulgation of Universal Peace: Talks Delivered by 'Abdu'l-Bahá during His Visit to the United States and Canada in 1912*, edición revisada (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1995), p. 326. Existe versión en español: *La promulgación de la paz universal* (Buenos Aires: EBILA, 1991).
46. S. Juan 1.10.
47. *Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh*, sección CVI.
48. Abraham Lincoln, citado en *Inaugural Addresses of the Presidents of the United States* (Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1989).
49. *El Corán*, sura 21, versículo 104.
50. Bahá'u'lláh, *El Kitáb-i-Aqdas*, párrafo 5.
51. *El Llamamiento del Señor de las Huestes* (en prensa), párrafo 174.
52. Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh*, p. 204.
53. Bahá'u'lláh, citado en Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh*, p. 192.
54. *Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh*, sección CVI.
55. *Tablets of Bahá'u'lláh*, p. 129.
56. Bahá'u'lláh, citado en Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh*, pp. 202–203.

57. Bahá'u'lláh, citado en Shoghi Effendi, *The Advent of Divine Justice*, p. 84.
58. *Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh*, sección CXXXII.
59. 'Abdu'l-Bahá, *The Secret of Divine Civilization* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1990), p. 96. Existe versión en español (Buenos Aires: EBILA, 1986).
60. *Selections from the Writings of 'Abdu'l-Bahá* (Haifa: Bahá'í World Centre, 1997), p. 256. Existe versión en castellano (Buenos Aires: EBILA, 1987).
61. Bahá'u'lláh, de una Tabla anteriormente no traducida.
62. *Will and Testament of 'Abdu'l-Bahá* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1944), p. 25. Existe versión en castellano (Buenos Aires: EBILA, 1973).
63. Bahá'u'lláh, *El Kitáb-i-Íqán*, párrafo 213.
64. *Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh*, sección VII.
65. *El Llamamiento del Señor de las Huestes*, párrafo 126.
66. S. Juan 10.16. Versión de L. A. Schökel.
67. *El Corán*, sura 39, versículo 69. Versión no publicada del Panel Internacional de Traducción.
68. S. Mateo 6.10. Versión de Straubinger.
69. *El Corán*, sura 85, versículo 2. Versión de J. Cortés.
70. Apocalipsis 21.2. Versión de L. A. Schökel.
71. *Ibid.*, 31.12. Versión de Straubinger.
72. Isaías, 2.2.
73. *Ibid.*, 3.15.
74. Daniel, 12.9.
75. Isaías, 62.2.
76. *El Corán*, sura 21, versículo 104. Versión de J. Cortés.
77. *Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh*, sección IV.
78. S. Lucas, 17.21. Versión no publicada del Panel de Traducción.
79. S. Mateo, 21:33. Versión de Straubinger.

77. *Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh*, sección IV.
78. S. Lucas, 17.21. Versión no publicada del Panel de Traducción.
79. S. Mateo, 21:33. Versión de Straubinger.
80. *Ibid.*, 13.23. Versión de Schökel.
81. *Ibid.* 7.17. Versión de Straubinger.
82. *Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh*, sección XCVI.